

Editorial



Para diversos grupos humanos, los rituales de renovación se cumplen a cabalidad con la idea siempre firme de superar el pasado, sobre todo si hubo calamidades, pero también en espera de nuevos horizontes en el destino de sus pueblos. Al preparar este número de Ecofronteras dedicado a las migraciones y las dinámicas transfronterizas desde y en los estados del sur de México que limitan con Centroamérica, cerraba la primera década del siglo XXI y con ella la infeliz noticia de actos de violencia contra migrantes “de paso” en Tamaulipas y más adelante con otro grupo de extranjeros sin papeles en Oaxaca. Antes de despedir los 10 primeros años del tercer milenio, la lista de pendientes era enorme en materia migratoria y sus rubros indisociables: derechos humanos, seguridad y desarrollo. Al cambio de este año la agenda quedó desbordada. En eso se está y no hay conjuro cultural para trascender el desorden, ni persona sabia capaz de invocar las fuentes de poder para ir más allá de la retórica pública ociosa de la “voluntad política”.

Al explorar el mundo de las migraciones o las migraciones en el mundo, y la exigencia de un nuevo estado de cosas, se puede afirmar sin temor a equívocos que México contiene la migración del orbe. Su sello es la heterogeneidad y

al respecto existen dos tipos de lecturas globalizantes: sobre quienes visualizan fragmentación, otros miran complejidad. El nuevo orden exige visiones oxigenantes y complementarias. En ese tenor, la riqueza de experiencias se halla presente en lo cotidiano; esta parte mexicana tiene un rostro singular frente al norte del país en las tendencias hacia la diversificación migratoria en términos de actores sociales y de lugares, tiempos y espacios enganchados en las fuerzas económicas, culturales y políticas que mueven al planeta.

Antes de la caracterización simple de los procesos sureños dentro de la emergencia migratoria internacional —desde las interpretaciones dominantes respecto a las migraciones México-Estados Unidos—, la región dibujaba su propio perfil lleno de conexiones múltiples: junto a las rutas de personas migrantes provenientes de muchas partes del mundo que ingresan por los aeropuertos, costas, selvas y ríos de Quintana Roo, Tabasco, Campeche y Chiapas, se empata una historia de movilidad entre los grupos indígenas y campesinos de estos estados, en su escalas y enlaces en el resto de las entidades de la tremenda región de influencia llamada a secas “sureste” con Oaxaca, Guerrero, Veracruz y Yucatán. Se reconocen verda-

deros sistemas migratorios construidos históricamente a partir de esas lógicas indiscifrables en que se han convertido los desprendimientos del origen y su presente inaceptable. Los nuevos destinos y sus modos de vida, los vistos e imaginados por individuos, familias y comunidades, componen el mapa de un nuevo orden que sorprende y desafía no sólo el pensamiento, sino las viejas inercias políticas y culturales de personas, grupos e instituciones.

Sobre tales referentes presentamos en esta revista varias colaboraciones de un grupo de investigación dedicado a estudiar los procesos migratorios y transfronterizos en la amplia zona de la frontera sur. El objetivo fue abordar, desde diversas geografías, algún aspecto relevante de los tópicos urgentes de las movilizaciones humanas hoy día. Se revelan, además, puntos poco explorados y conocidos hacia otras latitudes; uno de los fines es *deschiapanizar* la frontera sur, cuya dimensión localista tiene una aplastante influencia en la perspectiva regional. Esperamos motivar a los lectores a repensar esta era —en la ya segunda década del siglo XXI— en un mundo que siempre se ha movido.

Martha García Ortega, Sociedad, Cultura y Salud